

glo en punto de incontinencia. Harto peores fueron aquellos siglos, en que apenas habia quien la llorase; hasta la venida del Redentor, aun las naciones cultas eran en esta materia bárbaras; los lupanares ó lugares públicos son antiquísimos. Solon, por ley, los instituyó en Atenas para evitar los adulterios. Entre los babilonios, segun Herodoto, eran las mujeres, una vez en la vida, comunes á todos, y los que se veian reducidos á pobreza obligaban á sus hijas á sustentarlos á costa de su pública ignominia. El mismo autor dice que los de Tracia daban á todas las doncellas libertad absoluta. Lo mismo refiere Varron de los ilíricos. ¡Cuánto horrorizan las fiestas bacanales, que pasaron de Egipto á Grecia, y de Grecia á Roma! La ebriedad, el furor y la incontinencia más bruta pasaban por culto de una deidad. En Roma era permitido á las mujeres vulgarizar su cuerpo, con la previa diligencia de presentarse á hacer esta protesta delante de los ediles, sin excluir de esta infamia aun á las mujeres de condicion; hasta que avergonzado el Senado al ver que Vestilia, de familia pretoria, habia usado de esta licencia, ordenó que se negase á cualquiera mujer cuyo padre, abuelo ó marido, hubiese sido caballero romano. ¿Qué diré del abominable comercio entre personas de un mismo sexo, comunísimo y practicado sin vergüenza alguna entre griegos y romanos? Pero apártese la pluma de lo que horroriza la memoria; que más mancha el papel con la especie que representa, que con la tinta que imprime (1).

Generalmente se puede decir que los demas vicios son achaques de los individuos; la incontinencia y la ambicion son pasiones de la especie. Su imperio comprehende igualmente todas las naciones, y su duracion todos los tiempos.

§ IX.

Con la venida del Redentor mudó algo de semblante el mundo, convirtiéndose una parte de la tierra en cielo. Desposáronse con la virtud los que abrazaron la verdad. Pequeña grey, pero hermosa, sustentaba vida inocente con el pasto de sana doctrina. La concordia,

(1) Habiendo el reino de Egipto hecho un papel tan considerable en el mundo, y haciéndole aun hoy en la antigua historia, puede notarse que no haya sido comprehendido en este discurso, sino para decir de paso que en él tuvieron principio las fiestas bacanales; lo que á la verdad no prueba corrupcion de costumbres, porque aquellas fiestas, en su origen, aunque contenian una supersticion muy ridicula, no envolvian las abominables torpezas que despues se introdujeron en ellas. Dirémos, pues, algo sobre el punto.

Nada me parece prueba más bien cuánta era la disolucion de los egipcios en materia de lascivia, que una historietta de Herodoto, la cual, aunque, como yo la juzgo, sea fabulosa, y por tanto no haga fe en cuanto al hecho, infiere como supuesto necesario y verdadero la mucha corrupcion de aquella gente.

Cuenta Herodoto que en tiempo de Feron, rey de Egipto y sucesor inmediato de el gran Sesóstris, creció el Nilo muy extraordinariamente, haciendo con la inundacion gravísimo daño á las tierras. El Rey, irritado, lanzó una flecha contra el rio, como para castigar su insolencia. Al momento quedó ciego. Adoraban los egipcios como deidad al Nilo, y así la ceguera de el Rey, si fué verdadera y consiguiente á aquel desahogo de su cólera, no podía menos de ser mirada entre aquella gente idólatra como castigo del sacrilegio. Diez años permaneció el Rey ciego, sin que ni con ruegos ni con sacrificios lograrse el beneficio de la luz. Hasta

el candor, la fe de la primitiva Iglesia, hicieron que hubiese, no en el principio, como fingieron los poetas, sino en medio de los tiempos, un siglo de oro.

Pero esta felicidad no fué de mucha duracion. Luégo que se acabaron las persecuciones, se puso la cristiandad en el estado en que hoy la vemos. Parece que la sangre de los mártires fertilizaba el terreno de la Iglesia, pues luégo que faltó este riego empezó á ser mucho menor la cosecha de virtudes. La semejanza de aquellos tiempos á estos se prueba con testigos superiores á toda excepcion.

San Juan Crisóstomo, que floreció en el cuarto siglo de la era cristiana, apenas hallaba en la ciudad de Antioquia cien individuos que viviesen bien, siendo aquella poblacion una de las tres mayores del mundo. Lo ménos que se le puede dar de vecindad en aquel tiempo son seiscientos mil almas, y segun esta cuenta, apenas entre seis mil habia uno bueno. Las palabras del Santo son tan fuertes, que aunque dejemos mucho al hipérbole, queda lo bastante para dar un concepto bajísimo de aquella cristiandad. «¿Cuántos pensais (decia, hablando con el mismo pueblo) que se salvarán en esta ciudad? En tantos millares, con dificultad se hallarán ciento que se salven. Aun de estos dudo; porque cuánta es la malicia en los mozos! ¡el descuido en los viejos! Ninguno tiene cuidado de sus hijos, ninguno pone atencion á imitar al virtuoso anciano. Lo peor es, que apenas hay á quien imitar. Faltan ejemplares en los ancianos, y así salen tambien malos los jóvenes (2).

San Agustin, que vivia por el mismo tiempo, no nos muestra el Occidente más bien parado que san Juan Crisóstomo el Oriente. «¿Cuántos son, dice sobre el salmo 48, los que parece que guardan los preceptos divinos? Apenas se hallan uno ó dos ó poquísimos.

San Gregorio, que floreció en el sexto siglo, contemplando desde la cumbre del solio pontificio toda la Iglesia, la comparó á la arca de Noé, donde habia pocos hombres y muchos brutos, porque es en la Iglesia, sin comparacion, mayor el número de los que obran brutalmente, siguiendo el ímpetu de la carne, que los que viven racionalmente segun el espíritu (3). ¿Hubo

que, en fin, de la ciudad de Butis le vino la respuesta de un oráculo, cuyo contenido era que recobraría la vista lavándose los ojos con la orina de una mujer á quien no hubiese conocido otro hombre que su marido. Alegrísimo el Rey con la receta de un remedio, á su parecer, tan fácil de encontrar, le buscó, como era natural, en su propia esposa; mas no sirviendo de nada el lavatorio, se quedó ciego como estaba. Fué sucesivamente recurriendo á varias mujeres ilustres; todo fué inútil. Continuó la experiencia en otras muchas de varias condiciones, todo sin provecho. Hasta que, finalmente, halló el remedio en la mujer de un pobre labrador. Lograda la vista, hizo cerrar en una ciudad todas las mujeres en quienes inútilmente habia buscado la cura, y poniendo fuego al pueblo, las abrasó á todas. Añade Herodoto que en accion de gracias levantó y consagró dos obeliscos al sol, cada uno de cien codos de altura. La existencia de los dos obeliscos, ya fuesen obra de este rey, ya de otro, es real. Uno de ellos fué conducido á Roma por el emperador Cayo, y es el mismo que Sixto V hizo colocar delante de la iglesia de San Pedro.

Ya he dicho que tengo esta historia por fabulosa. Pero la misma ficcion prueba la realidad de lo propuesto; pues supone como fundamento verdadero el concepto comun de la depravacion de la gente, aunque errado por nimio.

(2) Homil. xl, ad Popul.

(3) Homil. xxxviii, in Evang.

alguna mejoría en los tiempos que sucedieron? Ninguna. Díganlo tantos sagrados concilios, donde por los remedios venimos en conocimiento de las enfermedades; pues frecuentemente se trataba en ellos de ocurrir á grandes y comunes abusos.

§ X.

Dónde, pues, estais, siglos envidiados? Sólo en la imaginacion de los hombres. No hubo tiempo en que no se hablase mal del presente y bien del pasado. Es esta queja tanto peor fundada, cuanto más comun. Usa el mundo del lenguaje de los envidiosos, que vituperan á los vivos y aplauden á los muertos. Raros ojos tenemos, que nos parecen las cosas mejor por la espalda que por el rostro; siendo la mayor fealdad de todas el no ser, el mismo no ser es condicion para hallar hermosura en lo que fué.

No se puede negar que hay en los vicios sus flujos y reflujos. Hoy domina más un vicio en esta provincia que ayer; mañana, por el comercio estrecho con una nacion viciada por otro lado, es poseida de otra enfermedad diferente, que quita las fuerzas á la anterior; esotro día viene un príncipe justo, que pone á la república en mejor forma; pero á un Marco Aurelio sucede un Commodo, que todo lo desbarata. Como en un mar tempestuoso, que no es otra cosa el mundo, no sólo se están chocando las virtudes y los vicios, mas los mismos vicios se impelen unos á otros. Mas esta es una desigualdad insensible respecto del todo de los tiempos, ó

por mejor decir, en todos tiempos hubo la misma desigualdad. No están siempre en un estado las olas; pero no por eso se puede decir que sea más borrascoso el mar en este siglo que en los pasados.

Concluyo con unas elegantes palabras de Séneca, que comprehenden bien el asunto: «Queja fué esta de nuestros mayores, queja nuestra es, y lo será de los que nos sucedieren: que las costumbres están perdidas, que reina la maldad, que las cosas del mundo se empeoran cada día; pero mirándolo bien, los vicios están siempre en el mismo estado, á la reserva de algunos encuentros que se dan unos á otros, como las olas.» *Hoc majores nostri questi sunt, hoc nos querimus, hoc posterí nostri queruntur: eversos esse mores, regnare nequitiam, in deterius res humanas, et in omne nefas labi. At ista stant loco eodem, stabuntque, paululum dumtaxat ultro, aut citro mota ut fluctus (1).*

En otra parte dice que los vicios son propios de los hombres, no de los tiempos: *Hominum sunt ista, non temporum.* (Epístola 97.) Lo cierto es que los principios por donde los hombres son malos ó buenos, no dependen de los tiempos. Es el hombre malo por su ser hecho de la nada, es bueno por la misericordia divina, y una es en todos los siglos la naturaleza del hombre y la benignidad de Dios. Muchos siglos há que dijo uno que conocia bien el mundo (JOVEN., sat. 13):

*Rari quippè boni: numero vix sunt totidem, quot
Thebarum portæ, vel divitis ostia Nilí.*

(1) Libro i De Benef., capítulo x

SABIDURÍA APARENTE.

§ I.

Tiene la ciencia sus hipócritas no ménos que la virtud, y no ménos es engañado el vulgo por aquellos que por estos. Son muchos los indoctos que pasan plaza de sabios. Esta equivocacion es un copioso origen de errores, ya particulares, ya comunes. En esta region que habitamos, tanto imperio tiene la aprehension como la verdad. Hay hombres muy diestros en hacer el papel de doctos en el teatro del mundo, en quienes la leve tintura de las letras sirve de color para figurar altas doctrinas; y cuando llega á parecer original la copia, no hace ménos impresion en los ánimos la copia que el original. Si el que pinta es un Zéuxis, volarán las avecillas incautas á las uvas pintadas como á las verdaderas.

Así Arnoldo Brixiense, en el siglo undécimo, hombre de cortas letras, hizo harto daño en Brixia, su patria, y aun en Roma, con sus errores; porque, como dice Guntero Ligurino, sobre ser elegante en el razonamiento, sabía darse cierto modo y aire de sabio: *Assumpta sapientis fronte, disserto fallebat sermone rudes; ó como asegura Oton Frisingense, una copiosa verbosi-*

dad pasó en él plaza de profunda erudicion: *Vir quidem naturæ non hebetis; plus tamen verborum profusio, quàm sententiarum pondere copiosus.* Así Vigilancio, siendo un verdadero ignorante, con el arte de ganar liberos y notarios para pregoneros de su fama, adquirió tanta opinion de sabio, que se atrevió á la insolencia de escribir contra san Jerónimo y acusarle de origenista. Séneca Pelagiano hizo en el Piceno partido por la herejía de Pelagió, siendo, por testimonio del papa Gelasio, que reinaba entónces, no sólo hombre ignorante, pero aun rudo: *Non modò totius eruditionis alienus, sed ipsius quoque intelligentiæ communis prorsus extraneus.* San Leon, en la epístola 13 á Pulqueria Augusta, siente que el error de Euticles nació más de ignorancia que de astucia. Y en la epístola 15 absolutamente le trata de indocto: *Indoctum antiquæ Fidei impugnatores.* Sin embargo, este hombre corto revolvió de modo la cristiandad, que fué preciso juntarse tres concilios contra él, sin contar el que con razon se llamó *Predatorio*, en que, contra el derecho de la Sede Apostólica, hizo el emperador Teodosio presidir á Dioscoro, patriarca de Alejandría.

El vulgo, juez iníaco del mérito de los sujetos, suele dar autoridad contra sí propio á hombres iliteratos, y constituyéndolos en crédito, hace su engaño poderoso. Las tinieblas de la popular rudeza cambian el tenue resplandor de cualquiera pequeña luz en lucidísima antorcha, así como la linterna colocada sobre la torre de Faro, dice Plinio que parecía desde lejos estrella á los que navegaban de noche el mar de Alejandría.

Puede decirse que para ser tenido un hombre en el pueblo por sabio, no hace tanto al caso serlo como fingirlo. La arrogancia y la verbosidad, si se juntan con algo de prudencia para distinguir los tiempos y materias en que se ha de hablar ó callar, producen notable efecto. Un aire de majestad confiada en las decisiones, un gesto artificioso, que cuando se vierte aquello poco y superficial que se ha comprendido del asunto, muestra como por brújula quedar depositadas allá en los interiores senos altas noticias, tienen grande eficacia para alucinar á ignorantes.

Los accidentes exteriores que representan la ciencia están en algunos sujetos como los de pan y vino en la Eucaristía, esto es, sin la substancia correspondiente. Los inteligentes en uno y otro conocen el misterio; pero como en el de la Eucaristía los sentidos, que son el vulgo del alma, por los accidentes que ven se persuaden á la substancia que no hay; así en estos sabios de misterio, los ignorantes, que son el vulgo del mundo, por exterioridades engañosas conciben doctrinas que nunca fueron estudiadas. La superficie se miente profundidad, y el resabio de ciencia, sabiduría.

§ II.

Por el contrario, los sabios verdaderos son modestos y cándidos, y estas dos virtudes son dos grandes enemigas de su fama. El que más sabe, sabe que es mucho menos lo que sabe que lo que ignora; y así como su discreción se lo da á conocer, su sinceridad se lo hace confesar, pero en grave perjuicio de su aplauso, porque estas confesiones, como de testigos que deponen contra sí propios, son velozmente creídas; y por otra parte, el vulgo no tiene por docto á quien en su profesión ignora algo, siendo imposible que nadie lo sepa todo.

Son también los sabios comunmente tímidos, porque son los que más desconfían de sí propios; y aunque digan divinidades, si con lengua trémula ó voz apagada las articulan, llegan desautorizadas á los oídos que las atienden. Más oportuno es para ganar créditos delirar con valentía que discurrir con perplejidad; porque la estimación que se debía á discretas dudas se ha hecho tributo de temerarias resoluciones. ¡Oh cuánto aprovecha á un ignorante presumido la eficacia del ademán y el estrépito de la voz! ¡Y cuánto se disimulan con los esfuerzos del pecho las flaquezas del discurso! Siendo así que el vocinglero por el mismo caso debiera hacerse sospechoso de su poca solidez, porque los hombres son como los cuerpos sonoros, que hacen ruido mayor cuando están huecos.

Si á estas ventajosas apariencias se junta alguna literatura, logran una gran violenta actividad para arrastrar el comun asenso. No es negable que Lutero fué

erudito; pero en los funestos progresos de su predicación menos influyó su literatura que aquellas ventajosas apariencias; aunque la mezcla de uno y otro fué la confección del veneno de aquella hidra. Si se examinan bien los escritos de Lutero, se registra en ellos una erudición copiosa, parto de una feliz memoria y de una letura inmensa; pero apenas se halla un discurso perfectamente ajustado, una meditación en todas sus partes cabal, un razonamiento exactamente metódico. Fué su entendimiento, como dice el cardenal Palavicini, capaz de producir pensamientos gigantes, pero informes, ó por defecto de virtud, ó porque el fuego de su genio precipitaba la producción, y por no esperar los debidos plazos eran todos los efectos abortivos; pero este defecto esencial de su talento se suplió grandemente con los accidentes exteriores. Fué este monstruo de complexión ígnea, de robustísimo pecho, de audaz espíritu, de inexhausta, aunque grosera, facundia, fácil en la explicación, infatigable en la disputa. Asistido de estas dotes, atropelló algunos hombres doctos de su tiempo, de ingenio más metódico que él y acaso más agudo. Al modo que un esgrimidor de esforzado corazón y robusto brazo desbarata á otro de inferior aliento y pulso, aunque mejor instruido en las reglas de la esgrima.

§ III.

Otras partidas, igualmente extrínsecas, dan reputación de sabios á los que no lo son: la seriedad y circunspección, que sea natural, que artificiosa, contribuye mucho. La gravedad, dice la famosa Madalena Scuderi, en una de sus conversaciones morales, es un misterio del cuerpo, inventado para ocultar los defectos del espíritu; y si es propasada, eleva el sujeto al grado de oráculo. Yo no sé por qué ha de ser más que hombre quien es tanto menos que hombre cuanto más se acerca á estatua; ni porque siendo lo risible propiedad de lo racional, ha de ser más racional quien se aleja más de lo risible. El ingenioso frances Miguel de Montaña dice con gracia, que entre todas las especies de brutos, ninguno vió tan sério como el asno.

Aristóteles puso en crédito de ingeniosos á los melancólicos, no sé por qué. La experiencia nos está mostrando á cada paso melancólicos rudos. Si nos dejamos llevar de la primera vista, fácilmente confundiremos lo estúpido con lo extático. Las lobregueces del genio tienen no sé qué asomos á parecer profundidades del discurso; pero si se mira bien, la insociabilidad con los hombres no es carácter de racionales. En estos sujetos, que se nos representan siempre pensativos, está invertida la negociación interior del alma. En vez de aprehender el entendimiento las especies, las especies aprehenden el entendimiento; en vez de hacerse el espíritu dueño del objeto, el objeto se hace dueño del espíritu. Átala la especie que le arrebató. No está contemplativo, sino atónico; porque la inmovilidad del pensamiento es ociosidad del discurso. Noto que no hay bruto de genio más festivo y sociable que el perro, y ninguno tiene más noble instinto. No obstante, peor seña es el extremo opuesto. Hombres muy chocarreros son sumamente superficiales.

Tanto el silencio como la locuacidad tienen sus partidarios entre la plebe. Unos tienen por sabios á los pocos, otros á los pródigos de palabras. El hablar poco depende, ya de nimia cautela, ya de temor, ya de vergüenza, ya de tarda ocurrencia de las voces; pero no, como comunmente se juzga, de falta de especies. No hay hombre, que si hablase todo lo que piensa, no hablase mucho.

Entre hablar y callar observan algunos un medio artificioso, muy útil para captar la veneración del vulgo, que es hablar lo que alcanzan y callar lo que ignoran, con aire de que lo recatan. Muchos de cortísimas noticias, con este arte se figuran en los corrillos animadas bibliotecas. Tienen sola una especie muy diminuta y abstracta del asunto que se toca. Esta basta para meterse en él en términos muy generales con aire magistral, retirándose luego, como que, fastidiados de manejar aquella materia, dejan de explicarla más á lo largo: dicen todo lo que saben; pero hacen creer que aquello no es más que mostrar la uña del león; semejantes al otro pintor que, habiéndose ofrecido á retratar las once mil vírgenes, pintó cinco, y quiso cumplir con esto, diciendo que las demas venían detrás en procesion. Si álguien, conociendo el engaño, quiere empeñarlos á mayor discusión, ó fuercen la conversacion con arte, ó fingan un fastidioso desden de tratar aquella materia en tan corto teatro, ó se sacuden del que los provoca, con una risita falsa, como que desprecian la provocación; que esta gente abunda de tretas semejantes, porque estudia mucho en ellas.

Otros son socorridos de unas expresiones confusas, que dicen á todo, y dicen nada, al modo de los oráculos del gentilismo, que eran aplicables á todos los sucesos. Y de hecho, en todo se les parecen; pues siendo unos troncos, son oídos como oráculos. La obscuridad con que hablan es sombra que oculta lo que ignoran; hacen lo que aquellos que no tienen sino moneda falsa, que procuran pasarla al favor de la noche. Y no faltan necios que, por su misma confusión, los acreditan de doctos, haciendo juicio que los hombres son como los montes, que, cuanto más sublimes, más obscurecen la amenidad de los valles:

Majoresque cadunt altis de montibus umbrae.

Este engaño es comunmente auxiliado del ademán persuasivo y del gesto misterioso. Ya se arruga la frente, ya se acerca una á otra las cejas, ya se ladean los ojos, ya se arrollan las mejillas, ya se extiende el labio inferior en forma de copa penada, ya se bambea con movimientos vibratorios la cabeza, y en todo se procura afectar un ceño desdeñoso. Estos son unos hombres, que más de la mitad de su sabiduría la tienen en los músculos, de que se sirven para darse todos estos movimientos. Justamente hizo burla de este artificio Marco Tulio, notándole en Pison: *Respondes, altero ad frontem sublato, altero ad mentum depresso supercilio, credulitatem tibi non placere.*

§ IV.

El despreciar á otros que saben más, es el arte más vil de todos; pero uno de los más seguros para acredi-

tarse entre espíritus plebeyos. No puede haber mayor injusticia ni mayor necedad que la de transferir al envidioso aquel mismo aplauso, de que éste, con su censura, despoja al benemérito. ¿Acaso porque el nublado se ponga al sol, dejará este de ser ilustre antorcha del cielo, ó será aquel más que un pardo borron del aire? ¿Para poner mil tachas á la doctrina y escritos ajenos, es menester ciencia? Antes cuando no interviene envidia ó malevolencia, nace de pura ignorancia. Acuérdomeme de haber leído en el *Hombre de letras* del padre Daniel Bartoli, que un jumento, tropezando por accidente con la *Iliada* de Homero, la destrozó y hizo pedazos con los dientes. Así que, para ultrajar y lacerar un noble escrito, nadie es más á propósito que una bestia.

La procacidad ó desvergüenza en la disputa es también un medio igualmente ruin que eficaz para negociar los aplausos de docto: los necios hacen lo que los megalopolitanos, de quienes dice Pausanias, que á ninguna deidad daban iguales cultos que al viento Bóreas, que nosotros llamamos cierzo ó regañón. A los genios tumultuantes adora el vulgo como inteligencias sobresalientes. Concibe la osadía desvergonzada como hija de la superioridad de doctrina, siendo así que es casi absolutamente incompatible con ella. A esto se añade que los verdaderos doctos huyen cuanto pueden de todo encuentro con estos genios procaces; y este prudente desvío se interpreta medrosa fuga, como si fuese propio de hombres esforzados andar buscando sabandijas venenosas para lidiar con ellas. Justo y generoso era el arrepentimiento de Catón, de haberse metido con sus tropas en los abrasados desiertos del África, donde no tenía otros enemigos que áspides, cerastas, víboras, dipsades y basiliscos. Menos horrible se le representó la guerra civil en los campos de Farsalia, donde pelearon contra él las invencibles huestes del César, que en los arenales de Libia, donde batallaban por el César los más viles y abominables insectos.

Pro Cesare pugnant

Dipsades, et peragunt civilia bella cerastae.

El que puede componer con su genio y con sus fuerzas ser inflexible en la disputa, porfiar sin término, no rendirse jamás á la razón, tiene mucho adelantado para ser reputado un Aristóteles; porque el vulgo, tanto en las guerras de Minerva como en las de Marte, declara la victoria por aquel que se mantiene más en el campo de batalla, y en su aprehension nunca deja de vencer el último que deja de hablar. Esto es lo que siente el vulgo. Mas para el que no es vulgo, aquél á quien no hace fuerza la razón, en vez de calificarse de docto, se gradúa de bestia. Con gracia, aunque gracia portuguesa (esto es, arrogante), preguntado el ingenioso médico Luis Rodríguez qué cosa era y cómo lo había hecho otro médico corto, á quien el mismo Luis Rodríguez había argüido, respondió: *Tan grandísimo asno è, que por mais que fican, jamais ó puden concluir.*

Es artificio muy comun de los que saben poco, arrastrar la conversacion hácia aquello poco que saben. Esto en las personas de autoridad es más fácil. Conoció un sujeto, que cualquiera conversacion que se excitase, insensiblemente la iba moviendo de modo, que á pocos

pasos se introducía en el punto que había estudiado aquel día ó el antecedente. De esta suerte siempre parecía más erudito que los demás. Aun en disputas escolásticas se usa de este estratagemá. He visto más de dos veces algún buen teólogo puesto en confusión por un principiante; porque este, quimerizando en el argumento sobre alguna proposición, sacaba la disputa de su asunto propio á algún enredo sumulístico de ampliaciones, restricciones, alienaciones, oposiciones, conversiones, equipolencias, de que el teólogo estaba olvidado. Esto es, como el villano Caco, traer con astucia á Hércules á su propia caverna para hacer inútiles sus armas, cegándole con el humo que arrojaba por la boca.

§ V.

Fuera de los sabios de perspectiva, que lo son por su artificio propio, hay otros que lo son precisamente por error ajeno. El que estudió lógica y metafísica, con lo demás que debajo del nombre de filosofía se enseña en las escuelas, por bien que sepa todo, sabe muy poco más que nada; pero suena mucho. Dicese que es un gran filósofo, y no es filósofo grande ni chico. Todas las diez categorías, juntamente con los ocho libros de los *Físicos* y los dos adjuntos *De generatione et corruptione*, puestos en el alambique de la lógica, no darán una gota del verdadero espíritu filosófico, que explique el más vulgar fenómeno de todo el mundo sensible. Las ideas aristotélicas están tan fuera de lo físico como las platónicas. La física de la escuela es pura metafísica. Cuanto hasta ahora escribieron y disputaron los peripatéticos acerca del movimiento, no sirve para determinar cuál es la línea de reflexión por donde vuelve la pelota tirada á una pared, ó cuánta es la velocidad con que baja el grave por un plano inclinado. El que por razones metafísicas y comunísimas piensa llegar al verdadero conocimiento de la naturaleza, delira tanto como el que juzga ser dueño del mundo por tenerle en un mapa.

La mayor ventaja de estos filósofos de nombre, si manejan con soltura en las aulas el argadillo de *Barbara, Celarem*, es que con cuatro especies que adquirieron de teología ó medicina, son estimados por grandes teólogos ó médicos. Por lo que mira á la teología, no es tan grande el yerro; pero en orden á la medicina no puede ser mayor. Por la regla de que *ubi desinit phisicus, incipit medicus*, se da por asentado, que de un buen filósofo fácilmente se hace un buen médico. Sobre este pié, en viendo un platicante de medicina que pone veinte silogismos seguidos sobre si la privación es principio del ente natural, ó si la union se distingue de las partes, tiene toda la recomendación que es menester para lograr un partido de mil ducados.

El doctísimo comentador de Dioscórides, Andrés de Laguna, dice, que la providencia que, si se pudiese, se debiera tomar con estos mediquillos flamantes, que salen de las universidades rebosando las bravatas del *ergo* y del *probo*, sería enviarlos por médicos á aquellas naciones con quienes tuvimos guerra actual, porque excusarían á España mucho gasto de gente y de pólvora.

Seguramente afirmo que no hay arte ó facultad más inconducente para la medicina que la física de la escuela.

la. Si todos cuantos filósofos hay y hubo en el mundo se juntasen y estuviesen en consulta por espacio de cien años, no nos dirían cómo se debe curar un sabañon; ni de aquel tumultuante concilio saldría máxima alguna que no debiese descaminarse por contrabando en la entrada del cuarto de un enfermo. El buen entendimiento y la experiencia, ó propia ó ajena, son el padre y madre de la medicina, sin que la física tenga parte alguna en esta producción. Hablo de la física escolástica, no de la experimental.

Lo que un físico discurre sobre la naturaleza de cualquiera mixto es, si consta de materia y forma substanciales, como dijo Aristóteles, ó si de átomos, como Epicuro, ó si de sal, azufre y mercurio, como los químicos, ó si de los tres elementos cartesianos: si se compone de puntos indivisibles ó de partes divisibles *in infinitum*; si obra por la textura y movimiento de sus partículas, ó por unas virtudes accidentales, que llaman cualidades; si estas cualidades son de las manifiestas ó de las ocultas; si de las primeras, segundas ó terceras. ¿Qué conexión tendrá todo esto con la medicina? Menos que la geometría con la jurisprudencia. Cuando el médico trata de curar á un tercianario, toda esta baraunda de cuestiones aplicadas á la quina le es totalmente inútil. Lo que únicamente le importa saber es, si la experiencia ha mostrado que en las circunstancias en que se halla el tercianario es provechoso el uso de este febrífugo; y esto lo ha de inferir, no por *dici de omni, dici de nullo*, sino por inducción, así de los experimentos que él ha hecho, como de los que hicieron los autores que ha estudiado.

En ninguna arte sirve de cosa alguna el conocimiento físico de los instrumentos con que obra; ni este dejará de ser gran piloto por no poder explicar la virtud directiva del iman al polo; ni aquel, gran soldado por ignorar la constitución física de la pólvora ó del hierro; ni el otro, gran pintor por no saber si los colores son accidentes intrínsecos ó varias reflexiones de la luz; ni, al contrario, el disputar bien de todas estas cosas conduce nada para ser piloto, soldado ó pintor. Más me alargara para extirpar este comun error del mundo, si ya no le hubiese impugnado con difusión y plenamente el doctísimo Martínez, en sus dos tomos *De medicina sceptica*.

§ VI.

Otro error comun es, aunque no tan mal fundado, tener por sabios á todos los que han estudiado mucho. El estudio no hace grandes progresos si no cae en entendimiento claro y despierto, así como son poco fructuosas las tareas de el cultivo cuando el terreno no tiene jugo. En la especie humana hay tortugas y hay águilas: estas de un vuelo se ponen sobre el olimpo; aquellas en muchos dias no montan un pequeño cerro.

La prolija lectura de los libros da muchas especies; pero la penetración de ellas es don de la naturaleza, más que parto del trabajo. Hay unos sabios, no de entendimiento, sino de memoria, en quienes están estampadas las letras como las inscripciones en los mármoles, que las ostentan y no las perciben. Son unos libros mentales, donde están escritos muchos textos; pero propia-

mente libros, esto es, llenos de doctrina y desnudos de inteligencia. Observa cómo usan de las especies que han adquirido, y verás cómo no forman un razonamiento ajustado que vaya derecho al blanco del intento. Con unas mismas especies se forman discursos buenos y malos, como con unos mismos materiales se fabrican elegantes palacios y rústicos albergues.

Así puede suceder que uno sepa de memoria todas las obras de santo Tomas y sea corto teólogo; que sepa del mismo modo los derechos civil y canónico, y sea muy mal jurista. Y aunque se dice que la jurisprudencia consiste casi únicamente en memoria, ó por lo ménos más en memoria que en entendimiento, este es otro error comun. Con muchos textos de el derecho se puede hacer un mal alegato, como con muchos textos de Escritura un mal sermón. La elección de los más oportunos al asunto toca al entendimiento y buen juicio. Si en los tribunales se hubiese de orar de repente y sin premeditación, sería absolutamente inexcusable una feliz memoria donde estuviesen fielmente depositados textos y citas para los casos ocurrientes. Mas como esto regularmente no sucede el que ha manejado medianamente los libros de esta profesion y tiene buena inteligencia de ella, fácilmente se previene buscando leyes, autoridades y razones; y por otra parte, la elección de las más conducentes no es, como he dicho, obra de la memoria, sino del ingenio.

He visto entre profesores de todas facultades muy vulgarizada la queja de falta de memoria, y en todos noté un aprecio excesivo de la potencia memorativa sobre la discursiva; de modo que, á mi parecer, si hubiese dos tiendas, de las cuales en la una se vendiese memoria y en la otra entendimiento, el dueño de la primera presto se haría riquísimo, y el segundo moriría de hambre. Siempre fui de opuesta opinion; y por mí puedo decir que más precio daría por un adarme de entendimiento que por una onza de memoria. Suelen decirme que apetezco poco la memoria porque tengo lo que he menester. Acaso los que me lo dicen hacen este juicio por la reflexión que hacen sobre sí mismos de que ansian poco algún acrecentamiento en el ingenio, por parecerles que están abundantemente surtidos de discurso. Yo no negaré que aunque no soy dotado de mucha memoria, algo ménos pobre me hallo de esta facultad

que de la discursiva. Pero no consiste en esto el preferir esta facultad á aquella, si en el conocimiento claro que me asiste de que en todas facultades logrará muchos más aciertos un entendimiento como cuatro con una memoria como cuatro, que una memoria como seis con un entendimiento como dos.

§ VII.

De los escritores de libros no se ha hablado hasta ahora. Esto es lo más fácil de todo. El escribir mal no tiene más arduidad que el hablar mal; y por otra parte, por malo que sea el libro, bástale al autor hablar de molde y con licencia del Rey, para pasar entre los idiotas por docto.

Pero para lograr algún aplauso entre los de mediana estofa, puede componerse de dos maneras: ó trasladando de otros libros, ó divirtiéndose en lugares comunes. Donde hay gran copia de libros es fácil el robo sin que se note. Pocos hay que lean muchos, y nadie puede leerlos todos; con que, todo el inconveniente que se incurre es, que uno ú otro, entre millares de millares de lectores, coja al autor en el hurto. Para los demás queda graduado de autor en toda forma.

El escribir por lugares comunes es sumamente fácil. El *Teatro de la vida humana*, las *Poliantas* y otros muchos libros donde la erudición está hacinada y dispuesta con orden alfabético, ó apuntada con copiosos índices, son fuentes públicas, de donde pueden beber, no sólo los hombres, mas también las bestias. Cualquiera asunto que se emprenda, se puede llevar arrastrando á cada paso á un lugar comun, ú de política, ú de moralidad, ú de humanidad, ú de historia. Allí se encaja todo el farrago de textos y citas que se hallan amontonados en el libro *Para todos*, donde se hizo la cosecha. Con esto se acredita el nuevo autor de hombre de gran erudición y lectura; porque son muy pocos los que distinguen en la série de lo escrito aquella erudición copiosa y bien colocada en el cerebro que oportunamente mana de la memoria á la pluma; de aquella que en la urgencia se va á mendigar en los elencos, y se amontona en el traslado, dividida en gruesas parvas, con toda la paja y aristas de citas, latines y números.

ANTIPATIA DE FRANCESES Y ESPAÑOLES.

§ I.

Los filósofos que no alcanzando las causas físicas de la concordia ó discordia de algunos entes, recurrieron á las voces generales de simpatía y antipatía, tienen alguna disculpa; pero los políticos que, teniendo dentro de su facultad harto visibles las causas de la oposición de algunas naciones, han acudido al mismo asilo, se puede

F.

decir que cierran los ojos, no sólo á la razon, mas también á la experiencia. Esta ojeriza nace de los daños que mutuamente se han hecho en varias guerras, y las guerras de las opuestas pretensiones de los príncipes.

Ninguna antipatía más decantada que la de franceses y españoles. Tanto ha ocupado los ánimos la persuasión de la congénita discordia de las dos naciones, que áun cuando dispuso el cielo que la augusta casa de Francia